

CONFIGURACIÓN CULTURAL DE LA PROPIA CONCIENCIA

Trabajo agrícola y colaboración con F. Cordón y su equipo científico

(1997)¹

«En primer lugar debo señalar, por su importancia, el principio epistemológico de que el trabajo -la actividad humana- me ha proporcionado la experiencia más segura, enriquecedora y determinante de la formación de mi conciencia. (...). Al mismo tiempo que estudiaba el tema de las relaciones sociales personales como cauce de experiencia para la formación de la conciencia, comenzó mi larga colaboración -de más de 20 años- con el biólogo F. Cordón y su equipo de químicos, bioquímicos y farmacéuticos, que me permitió (...) adquirir una noción objetiva y rigurosa de los seres vivos (del origen y la evolución de la vida), esto es, el conocimiento más complejo y difícil, pero justamente también el conocimiento indispensable para entender la cultura. Pero no sólo eso, puesto que también posibilitó el que me familiarizara con los trabajos de investigación experimental (para los que carecía de preparación) y el que comprobara cómo los fragmentos de conocimientos resultado de esos trabajos de investigación experimental pueden integrarse y se integran, una vez depurados, en el cuerpo de conocimientos que facilitan el progreso del conocimiento del mundo real en las conciencias de los individuos».

Eloy Terrón Abad

¿Qué podría decir en la presentación de este ensayo a quien lo hojee en una librería para animarle a leerlo, o a quien habiendo comenzado su lectura le extrañen algunas de las ideas que contiene? Después de suprimir el capítulo 0,² titulado por rutina «Objetivo y método», por superfluo (más adelante se explicará por qué),³ he realizado varios intentos de redactar una presentación que ayude a entender y a profundizar en las ideas más innovadoras que contiene, y, sobre todo -lo que es para mí el reto principal-, para ver si se confirma mi teoría epistemológica que dice que el conocimiento humano es compulsivamente integrable siempre que un hombre se enfrente con fragmentos del conocimiento humano.

Después de muchas vacilaciones llegué a la conclusión de que mi principal aportación al esclarecimiento y comprensión de mis propias ideas, expuestas en este ensayo, debe consistir en explicar cómo éstas han ido apareciendo en mi conciencia de manera fragmentaria e imprevista y sin ningún orden.

¹ Mecanoescrito, inédito e inacabado, correspondiente a uno de los varios borradores para la presentación del libro *Cosmovisión y conciencia como creatividad*. Título, subtítulos, epígrafes, transcripción, revisión y notas de Rafael Jerez Mir.

² Véase «*Cosmovisión y conciencia como creatividad*. (Guión). Carta a Aída Terrón Bañuelos (1995)», en la sección de Antropología de esta Biblioteca Eloy Terrón.

³ Al dejar el texto inacabado, no llegará a proporcionar esa explicación.

Modo de trabajo intelectual: de los “islotos de conocimiento” a su integración parcial y el ensayo de una visión de conjunto

Sin tener una idea de conjunto al respecto, un concurso de los muchos que se convocan en este país⁴ me incitó en el verano de 1995 a participar en el mismo con un libro de ensayo en torno a una idea que todavía carecía de unidad y coherencia. En agosto comencé a escribir, sin orden ni concierto, tres capítulos tipo ensayo aprovechando sendas estancias en Valencia y en Salamanca. Volví a Madrid a primeros de septiembre. No sé cuando apareció la idea de conjunto, pero entre mediados de septiembre y mediados de noviembre redacté y preparé para la imprenta un librito que, después de terminado, recibió el título provisional de *La intimidad de lo humano*,⁵ aunque ese título, no muy claro por sí solo, lo apuntalé luego con un subtítulo, que ignoro de dónde procede y que resume mejor el contenido del ensayo: *La conciencia, ese conocimiento que conoce*.⁶

Al comenzar la redacción del ensayo me enfrenté con unos cuantos “islotos de conocimiento” cuyos márgenes comenzaron a desmoronarse para integrarse en un todo organizado, coherente y solidario. Los islotos de conocimiento -las ideas básicas- se fusionaban por el simple hecho de enfrentarse unos a otros, con lo que tuve conciencia de su atracción para fusionarse. Antes de la redacción del ensayo, no me había planteado la unificación de los “islotos” y ni siquiera lo hice en el proceso mismo de redacción. Pero la integración se produjo al confrontar los islotos de conocimiento, y en esa confrontación aparecieron además otros islotos menores para rellenar espacios vacíos. Aunque lo más sorprendente de todo es que, con anterioridad a la redacción de ese ensayo, no se produjeron intentos de integración de los islotos de conocimiento que se contienen en el conjunto; lo que hubo fue integraciones parciales a lo largo de muchos años, como resultado de la redacción de ideas o de islotos de conocimiento concretos, algunos publicados y otros, numerosos, en forma de borradores para ordenar conceptos para exponerlos en intervenciones públicas, conferencias, etc.

El trabajo agrícola, factor más determinante en la formación de la conciencia y en el modo de trabajo intelectual, propios

Voy a tratar de identificar la aparición y las circunstancias de las ideas más determinantes del ensayo, por si así puedo contribuir en algo a esclarecer la génesis o motivación de las mismas, aun cuando esa tarea no va a resultar fácil: por el tiempo transcurrido y por lo difícil que puede resultar la reconstrucción de los motivos determinantes de cada escrito.

En primer lugar debo señalar, por su importancia, el principio epistemológico de que el trabajo -la actividad humana- me ha proporcionado la experiencia más segura, enriquecedora y determinante de la formación de mi conciencia.

⁴ En concreto, el Premio Internacional de Ensayo Jovellanos (instituido en 1994 por la editorial Nobel de Oviedo), correspondiente a la segunda edición del mismo (1996).

⁵ El título definitivo, al editarse como libro, sería *Cosmovisión y conciencia como creatividad*.

⁶ Este subtítulo se mantendría al imprimirse el ensayo en 1997.

Esto puede deberse al hecho de que la estructura primaria de mi conciencia se configuró más por la experiencia del trabajo campesino que por el lenguaje oral o escrito, como les ocurre a los niños de los núcleos urbanos. El muchacho campesino, que pastoreaba vacas u ovejas, o excavaba, o segaba, pasaba muchas horas solo teniendo que tomar decisiones sobre la base de la propia experiencia porque no tenía a mano a ningún adulto a quien preguntar; y, como su experiencia era experiencia de cosas, tenía que elevarla a contenido de ideas (esto es, a contenido cognitivo). Y no cabe duda de que, como contenido de ideas, la conciencia del muchacho, del adolescente, campesino adquiriría una gran fuerza; y, mucho más, si cambiaba de medio y se integraba en otro que empleaba más el lenguaje oral, la palabra. Para mí la experiencia del trabajo fue la dominante.

Cuando, unos seis años después de mi abandono de la vida campesina⁷ y tras una breve estancia en la industria, me puse a estudiar con la máxima intensidad, a falta de otra cosa que hacer, descubrí mi carencia de capacidad de abstracción. Como estudiar era leer, tenía que hacer el esfuerzo de imaginarme (de representarme) las cosas de que trataba el libro que leía. Tardé meses, quizás más de un año, en dominar los contenidos a que se referían las palabras. Y, hablando con amigos de la ciudad donde yo estudié, que siguieron un desarrollo normal en su formación,⁸ me dí cuenta de que no tenían dificultades de abstracción; asumían directamente conceptos que para mí carecían con frecuencia de sentido. Bastantes años más tarde, cuando yo explicaba a alumnos de bachillerato⁹ o de universidad,¹⁰ descubrí que, al describir algunos objetos, de nuevo me sentía forzado a representarme los objetos que yo intentaba darles a conocer; y tenía la impresión de que, al explicarme, me esforzaba en hablar del objeto como si lo tuviera ante mí. Me parecía que mis alumnos y mis amigos hablaban de las cosas por sus lecturas, mientras que yo hablaba del objeto que tenía ante mí; de hecho, mi esfuerzo de preparación consistía en formarme una idea del objeto a partir de una representación del mismo.

He dedicado demasiada atención a este principio porque me parecía ilustrativo para entender un tipo de conciencia, la del joven campesino de la aldea agrícola de subsistencia. Otra línea de conocimiento a la que dediqué varios escritos fue la influencia del tipo de poblamiento -de la disposición de la vivienda- en la formación de las conciencias. Distinguía cuatro tipos de poblamiento: de población dispersa (el caserío vasco-navarro); de población semi-dispersa (las pequeñas aldeas gallegas y de todas las comarcas montañosas); de población altamente concentrada en regiones de población agrícola (fenómeno típico de la mitad sur de la península ibérica); y la forma de población de villas no estrictamente agrícolas y de ciudades.

⁷ Tuvo que huir de Fabero en agosto de 1936 para salvar la vida, integrándose poco después como voluntario en el ejército de la República hasta la caída del frente de Asturias en octubre de 1937. Se instaló entonces en León hasta su incorporación al ejército franquista con el reemplazo de 1940 en mayo de 1938, donde se licenció en abril de 1942, para volver a vivir en León.

⁸ Referencia a Eugenio de Nora, Victoriano Crémer y otros compañeros del círculo del canónigo Antonio González de Lama, en la Biblioteca Azcárate y la revista *España*.

⁹ Fue profesor de "letras" en el colegio Arana, de Madrid desde 1952 hasta 1958.

¹⁰ Fue profesor de Historia Antigua y de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid (1955-1965) y de Sociología en el Centro de Estudios e Investigaciones Sociales Avanzadas (1965-1968) y en la Escuela Crítica de Ciencias Sociales (1968-1970).

La larga colaboración con Faustino Cordón y su equipo científico, base de la propia concepción del mundo y el hombre

Al mismo tiempo que estudiaba el tema de las relaciones sociales personales como cauce de experiencia para la formación de la conciencia, comenzó mi larga colaboración -de más de 20 años¹¹- con el biólogo F. Cordón y su equipo de químicos, bioquímicos y farmacéuticos, que me permitió descubrir la importancia y el significado de los seres vivos, y en especial de los animales.

No se puede olvidar que la cultura y la conciencia son las formas de relación de un ser vivo -el hombre- con el entorno del que depende su existencia. Llegué a la conclusión de que los seres vivos son una forma natural de organización de la materia, como cualquier astro, cualquier planeta, y que sólo son explicables en términos de la evolución cósmica; esto es, del proceso de integración que transformó las partículas más elementales hasta ahora conocidas en nuevas formas de materia dotadas de propiedades completamente distintas que hicieron posible la enorme variedad de fenómenos con que nos encontramos en la naturaleza.

Esta concepción del universo proporciona un nuevo recurso explicativo -la teoría de los niveles de organización o de integración de la materia- que permite entender todo el proceso evolutivo del cosmos, desde las partículas elementales a los seres vivos. De hecho, los biólogos monistas (progresistas) que comenzaron a utilizarlo como principio epistemológico entre los años veinte y treinta de este siglo XX abrieron así la vía que permitió la superación definitiva del hilemorfismo aristotélico (heredado por la escolástica y por los biólogos reaccionarios) y el mecanicismo vulgar.

La larga colaboración con el biólogo F. Cordón y su equipo me permitió adquirir una noción objetiva y rigurosa de los seres vivos (del origen y la evolución de la vida), esto es, el conocimiento más complejo y difícil, pero justamente también el conocimiento indispensable para entender la cultura. Pero no sólo eso, puesto que también permitió el que me familiarizara con los trabajos de investigación experimental (para los que carecía de preparación) y el que comprobara cómo los fragmentos de conocimientos resultado de esos trabajos de investigación experimental pueden integrarse y se integran, una vez depurados, en el cuerpo de conocimientos que facilitan el progreso del conocimiento del mundo real en las conciencias de los individuos.

Es un hecho que sólo el conocimiento que se convierte en el contenido a través del cual una mente mira la realidad genera nuevo conocimiento. De ahí el principio, "la conciencia, ese conocimiento que conoce".¹² Todo hombre -todo

¹¹ En el Instituto de Biología y Sueroterapia (1958-1966), los Laboratorios Coca (1966-1958) y el Instituto de Biología Aplicada (1969-1978).

¹² Como hice notar hace años, la crítica de esta tesis desde la biología evolucionista de Faustino Cordón «puede resumirse en estos tres puntos: 1º/ todo organismo vivo -y no sólo el animal humano- es una "conciencia que conoce", siendo precisamente la naturaleza de la conciencia el problema sin resolver y probablemente límite de la biología evolucionista; 2º/ hay tres y sólo tres niveles de integración del ser vivo -proteína globular, célula y animal-, por lo que hablar del hombre como un nuevo nivel de la biosfera {como tiende a hacer Eloy Terrón, sobre todo desde 1978} es incurrir en el idealismo; y 3º/ el estudio de la naturaleza del hombre a la luz de su origen ilustra ejemplarmente la unidad del animal y sus relaciones con el medio de modo ejemplar, pero el problema clave -y difícil de resolver- no es la filogénesis del hombre, sino el origen del primer animal a partir de la evolución de una determinada

ser humano- está capacitado para pensar (esto es, para proseguir el conocimiento de la realidad). Pero no podrá hacerlo si la propia conciencia no está equipada con contenidos que faciliten la integración de lo que se sabe y de lo que se quiere conocer (= pensar), para hacer avanzar el conocimiento. La experiencia, la ciencia, las habilidades, destrezas, sensaciones, impresiones, percepciones y demás, tienen que convertirse en conocimiento porque sólo bajo esta forma cabe la posibilidad de pensar.